

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Piense decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo, que me lea

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 97

Pravia 6 de Diciembre 1903

Sobre lo mismo

Es decir, sobre la mencionada obligación en que nos hallamos todos los católicos de hacer todo lo posible para propagar la buena prensa. Como queda visto, es un hecho que los periódicos malos se meten por todas partes y que hacen, en quien habitualmente los lee, un daño enorme. ¡Cuántas indiferencias en materias religiosas, cuántas apostasias se deben diariamente á la lectura de semejantes periódicos! ¡Quién podrá calcular los males que á esa prensa infame se deben!

Ahora bien ¿no debemos, los que de católicos nos preciamos, trabajar porque esa corrupción nos siga robando la fe á los espíritus, la tranquilidad á las conciencias y la paz á los hogares? En vista del incremento verdaderamente asombroso que va tomando la prensa sectaria, incremento de cuya magnitud é importancia, no puede uno formarse idea si no es estudiando de cerca la circulación extraordinaria de esos periódicos y sus disolventes doctrinas; en vista de eso, repito, y del ahinco tenaz con que nuestros enemigos, los enemigos de la paz religiosa, de la paz social, de la paz de las conciencias, introducen por todas partes esas hojas volantes, que llevan envueltos en sus pliegues ráfagas de destrucción y de impiedad; en vista de que infinidad de hermanos nuestros se ven todos los días envueltos en ese torbellino vertiginoso de doctrinas anárquicas, de impiedades de secta y de blasfemias horribles, ¿no estamos nosotros, los verdaderos católicos, los que nos preciamos de ser partidarios de que aumente cada día el número de los adoradores de Cristo, los

que deseamos el bien temporal y espiritual de nuestros hermanos, no estamos en el deber estrechísimo, en la obligación apremiante de poner cuantos medios estén á nuestro alcance para cortar el avance de esas olas negras de la revolución anticristiana, que amenazan anegar todo?

Sí, nosotros debemos hacer por Cristo lo menos tanto como hacen nuestros enemigos por la impiedad. Cuantos de Cristo reniegan de cualquier modo, conviértense en apóstoles más ó menos francos, pero incansables, de la propaganda impía: ¿no es muy justo que cuantos continuemos al servicio de Cristo nos convirtamos también en apóstoles de la verdad, de la religión? ¿Es mucho pedir que nosotros hagamos por Cristo lo que nuestros enemigos hacen contra Él? ¿No tenemos nosotros más razones que ellos para ser los mayores propagandistas? ¿Es que cuentan ellos con las promesas consoladoras que todos conocemos, hechas por Dios á quienes luchan por su causa, á quienes impidan que las almas se pierdan?

Debemos, pues, oponernos con todas nuestras energías á esa propaganda infame que todo lo va corrompiendo. Pero ¿cómo? Ya queda demostrado que es irrealizable el proyecto de los que quieren alcanzar que no se lean periódicos para de ese modo impedir que sean leídos los malos. No; porque éstos corrompan las conciencias no debemos empeñarnos en que no se lea ninguno, primero porque nada práctico se puede conseguir, y segundo porque la prensa en sí no es esencialmente mala, ni mucho menos. Es lo que los escritores quieren que sea, lo que son ellos. Luego si éstos son buenos cristianos, si viven sometidos á la Iglesia católica, en todas las cuestiones religiosas, si predicán el amor y no la guerra, si se presentan como verdaderos católicos, es indudable que la tal prensa no es mala, que no puede ser combatida desde el punto de vista reli-

gioso. De esta prensa católica han hecho grandísimos elogios, considerándola como una gran necesidad de nuestros tiempos, los Papas y los Obispos. Uno de éstos, precursor de León XIII, el apóstol social de Alemania, Keteller, ha dicho que S. Pablo, de vivir en el siglo XIX, hubiera sido periodista.

Tenemos, pues, que la prensa impía hace muchísimo daño; que no puede ser combatida, desterrada si no es proporcionando al pueblo otra prensa católica; que ésta lejos de ser un mal es un gran bien. Luego el cómo debemos combatir contra la mala prensa aparece claro; haciendo cuanto nos sea posible por que lean periódicos católicos quienes hoy los leen impíos ó á lo menos indiferentes, solapadamente anticristianos. ¿Que cómo se puede conseguir esto? Pues procediendo como proceden nuestros adversarios. Recomendando á nuestros amigos, á todos nuestros conocidos, que dejen sus periódicos anticatólicos ó simplemente liberales, es decir indiferentes, que quieren pasar como inofensivos, siendo muy peligrosos, y que se suscriban á los católicos, á los que no pueden hacerles ningún daño en sus creencias cristianas. Sobre este punto concreto sé yo de una persona que nos proporciona un ejemplo digno de ser imitado.

Otro día hablaré de cómo ha procedido para librar á todo un pueblo católico de la peste de periódicos anticristianos.

X. Y. Z.

"LOS INCANSABLES"

(POEMA)

(canto 1 continuación)

Donde, entre otros espantosos sucesos, se cuenta quién es Otero, y cómo el diablo, que no duerme las mañanas, como Trocas, le metió en el chirumen la idea de salir á la conquista del *Trifinus melancólicus*.

Pero volviendo al diablo de mi cuento, tanto, al mirarse aquí, fué su contento, que bailó una muñeira.

y la misión cumpliendo encomendada clavó en la faz del mundo la mirada buscando á Carballeira.

Y al fin le pudo ver: valientemente sin reparar los dichos de la gente ni fijarse en pelillos, sobre el bombín de Estébanz sentado, tomando el fresco estaba en su tejado Otero, en calzoncillos.

Y allá el demonio fué. En este instante en la región etérea, fulgurante el sol aparecía;

y en él también del lecho se lanzaba el inmortal *Chabela* que soñaba que *Poldo* le mordía.

Llegado el diablo á donde estaba Otero; se colocó debajo del sombrero siempre invisiblemente,

y si ha de darse crédito á Posada, lo que el diablillo dijo al camarada fué todo lo siguiente:

—¡Oh tú, rapaz sublime de Galicia, el más famoso de la *grey patricia* entre la gente ibera,

nuevo y excelso y fulgido Cyrano, y sobre ser el sol republicano,

todo lo que se quiera, ¿dónde tu arrojo está? ¿dónde tu aliento? ¿dónde el valor y dónde el sentimiento que antaño te oprimían?

¿Esas tus obras son? ¿esa t u gloria? ¿así has logrado la esplendente historia que de ti referían

¡Oh desgraciado el mundo venidero! cuando los hombres tales como Otero huelgan una mañana,

¿qué no han de hacer un Trocas y un Faustino? ¿qué no han de hacer un Sela, un Maximino, un Vigil y un Juan Llana?

Alza los ojos y á la tierra mira: y si al mirar tal duelo no suspira tu corazón amante,

es que sin duda Máximo el bodoque con sus doctrinas fieras, de alcornoque te lo volvió diamante.

Mira al *Puentín* allí; mira que llora; mira á *Savedra* que socorro implora porque quiere justicia;

y al buen Romaldo mira que en *Oscuro* para comer á todos la *asaúra* espera al de Galicia.

Y mira más aún: mira á Noreña, y si trocada acaso en una peña aun no tienes el alma,

rasga tu manto, arráncate los pelos, y nanca más te comas caramelos, ni nunca busques calma.

Aquellas son torturas y aflicciones: aquello sí que parte corazones y aquello sí que es fuerte;

como que al verlo Sela el otro día, tanto clamó y gritó, que en su agonía pidió á voces la muerte.

Míralo tú y verás; es horroroso: míralo tú, por Dios; mira al *Gracioso* que es allí tesoro,

y que en la caja tiene seis pesetas, dando y haciendo al tiempo mil piruetas y saltos de carnero.

¡Mirale allí, por Dios! ¡y está en camisa! y aun cuando excite, el contemplarle, á risa, llora, Pepito, llora;

que si se hiera así, con tanta saña, es por tu causa sólo: es que de España al salvador implora.

Hoy el *trifinus* gime exasperado, ¡y tú tomando el fresco en el tejado tan campechanamente;

jarriba, pues, y tu pendón tremola, y al fin tendrás de gloria una aureola para exornar tu frente?

Vete á buscar *Trifinus* por el mundo, y desde el valle al monte floribundo vete á correrle entero:

reúne, pues, tus huestes y ¡adelante! ¡ya encontrarás un Pindaro que cante al inmortal Otero. >

Así el diablillo dijo al camarada, según refiere el ínclito Posada que lo estaba escuchando; y en cuanto oyó Pepito sus razones, bajó á su cuarto, puso los calzones, y quedó meditando. Poco duró la duda; de repente irguióse altivo, levantó la frente, y dióse una palmada; y sin pensarlo más, exclamó Otero: —¡¡Me llamaré en la Historia el Caballero de la Nariz Alzada!!

El Despimpanante

(Continuará)

Cuentos sociales

VI

LAS TRES CLASES

I

—Desengáñese V. don Pedro, si es que ya no está V. desengañado. Ya que hoy, según ellos y su Marx, el capital es semejante al vampiro que vive sólo chupando la sangre del que trabaja, ya que hoy en los talleres Bakounine es el que impera, el patrono vampiro debe ser, y con su método mismo debe oponerse á su método. Ojo por ojo, como en las leyes antiguas. Y si nos oye V. á nosotros, á los próceres del pueblo, hablar de su soberanía, riase V.; el pueblo es soberano, al menos en mi opinión, porque es preciso echar pan al perro para que no muerda.

Hoy por hoy los obreros son los más y son temibles, porque son poderosos: dos palabras con miel los hacen nuestros.

Y el distinguido orador sonrió triunfalmente, como si hubiera conquistado medio mundo. Mirando luego al patrono y señalando al taller, continuó:

—Allí los ve V. en calma; sujetos los tiene, es cierto, pero no crea que desapruebo su método. Al contrario; es lo mismo, igual que el mío. Ellos lo han querido así, y ellos se lo han alcanzado. Bien sé que desde la última huelga los trae V. en un puño, porque la perdieron; pero así debe hacerse.

Parecen ovejas hoy, pero son lobos, y nada más. Inútil es el que yo se lo advierta. Usted los conocerá mejor, porque los trata. Yo no he tenido tal desgracia más que una vez y de ella me acordaré siempre. Hubo necesidad de descubrir el tejado de la casa y los llamé. ¡Podrá creer V., señor D. Pedro, que cuando, después de descubierto, les pedí que le cubrieran, se negaron! ¡Es atroz, verdaderamente! ¡Ah...! y mire usted qué casualidad! Aquél, aquel mismo obrero que tiene usted allí, fué uno de ellos, el principal motor del caso. Ya le ve usted trabajar tan tranquilo, es un hipócrita.

El hecho narrado por el eximio abogado era falso, pero á D. Pedro no le costó gran trabajo el creerlo. La causa de señalar al obrero del taller, callóla el señor Simón, porque le pareció conveniente: era el odio que sentía hacia aquel pobre, porque en un juicio oral muy importante se había negado á prestar, como el notable letrado le pedía, una declaración falsa.

Y para que el patrono conociera la maldad del pobre Luis, siguió D. Simón relatando una historia, historia que, según él, sólo tenía por objeto probar la siguiente tesis: todo obrero es un lobo disfrazado.

Y mientras el mísero trabajador sudaba y se martirizaba por cumplir con su deber, y mientras el estúpido patrono, oída la cantinela, inventaba nuevos medios para no perder de su autoridad, concediendo libertades excesivas á quien no las merecía, D. Simón Roca y Belitre, el orador más distinguido y el abogado más notable de aquella localidad, el número uno de la primera clase, marchaba al café para descansar un rato, y para asistir después á sus muchas reuniones.

II

En el momento mismo en que abandonó Luis el taller, se encaminó á su casa. Viudo, desde hacía dos meses, con dos niños de cortísima edad, era nuestro proletario; su conducta, intachable; su única ambición, el amor de sus pequeños; su única felicidad, sus hijos. Nutrido con la savia de la fe, aunque motivo para desesperarse se le había presentado varias veces, nunca, sin embargo, la desesperación le subyugó. Entre los pliegues del manto de la fe brilla también lo hermoso de la esperanza.

Su situación, sin embargo, no era del todo envidiable. Dentro de los límites de su escaso jornal, veíase muchas veces apurado para encontrar el pan de su sustento. Sobre todo, desde que cuatro revoltosos habían causado la huelga; si perjudicial ésta para la generalidad, más que para nadie, para él, que se encontraba completamente abandonado. Gracias á la caridad de sus vecinas, en el día en que le presentamos al lector, no lo pasaba del todo mal respecto á necesidades: ellas se habían encargado de cuidar de sus pequeños y de prepararles la comida; pero como en este mundo no se halla dicha cumplida, el día anterior el primero de sus niños había caído enfermo.

Con el objeto de verle y de cuidarle, corrió, como ya hemos dicho, á su morada. Y fué necesario salir á buscarle una medicina recetada por el doctor. Salió el mismo Luis por ella, hizoela él tomar, y despues de consolarle y de animarle, se encaminó á sus talleres.

Ya era un poco tarde; se había entretenido demasiado.

Cuando llegó, pasaban ya dos cuartos de la hora. Al coger sus herramientas, se presentó el maestro. Triste era la noticia, pero fué necesario comunicársela por orden del patrono: Luis estaba despedido.

III

Era aquella una fiesta muy notable, y fué preciso convidar á D. Simón, íntimo de la casa, y á otros muchos señores. Era el santo de la señora de D. Pedro, y con eso está dicho todo.

El lujo era verdaderamente excepcional. María estaba hecha una prodigiosa joya; la riqueza que lucía causaba asombro. Sus alhajas realzaban su hermosura, y, como con razón había dicho D. Pedro al contemplarla, estaba encantadora.

El patrono vestía de rigurosa etiqueta; los convidados lo mismo. Era fiesta de familia, pero fiesta que importaba un capital.

La excelencia de los platos presentados, encantaba á D. Pedro, aunque no lo decía, más que la patrona. Los vinos eran también excelentes.

Transcurrida media hora, el amo quiso dar una sorpresa; (I) la tenía ya preparada de antemano: era un licor aquél como no había otro, y él mismo lo quiso presentar.

Levantóse y salió. Los convidados continuaron á la mesa, hablando con alegría. De repente oyeron ruido, como si cayera algún mueble; después escucharon gritos de socorro, corrieron todos á donde estaba D. Pedro, y le hallaron sujetando por el cuello al pobre Luis, quien, atolondrado completamente, ni siquiera intentaba huir.

Cuando llegaron los convidados, D. Pedro, le soltó. El obrero, encendido por la vergüenza, bajó los ojos y no se movió.

El patrono, mirando á los concurrentes y señalando al culpable, dijo así:

—¡Es un ladrón!

IV

Arrojado injustamente del taller, merced al desinteresado poder de D. Simón, cuya influencia en el caso no sospechó el pobre obrero, éste pidió con insistencia trabajo en otras partes, pero todo inútil: los patronos tenían ya la gente necesaria.

Así pasaron dos días, dos días de verdadero dolor para el desdichado padre. Viendo la imposibilidad de obtener colocación, volvió á casa de su amo, para ver

si él se la daba de nuevo. Tampoco logró su objeto: había sido reemplazado ya.

Y á todo esto, las vecinas, pobres como él, le juraban que no podían socorrerle en adelante, como lo habían hecho aquellos dos días. Sin trabajo, sin medios de proporcionárselo, y sin ahorros, pasó otro día. Y para mayor desventura, la enfermedad del niño se agravaba, y el pequeño, débil, y cercado de necesidades, principiaba á decaer.

Ya no era lo peor la falta de pan en aquel miserable tugurio: al fin y al cabo, la limosna se encargaba de llevar alguna migaja. Lo peor era la enfermedad de los niños, por carecer de recursos para socorrerlos. Ni él ni sus vecinas tenían un solo céntimo.

Aquella tarde el médico, que caritativamente los visitaba, habíale asegurado que el mayor de los pequeños moriría, si no se le atendía como lo necesitaba: era necesario que aquella misma noche tomara una costosa medicina.

Y como no era la primera vez que le daba socorros, y como además sus enfermos necesitados eran muchos, el médico salió, creyendo que el pobre padre buscaría aquel dinero fácilmente, y sin sospechar siquiera la tortura de aquel corazón de hombre.

Y no teniendo ya donde hallar nada, Luis determinó pedir una limosna á su patrono. Era un día aquél á propósito, por celebrarse el santo de doña María. Fué allá: falló su esperanza.

La lucha que sostuvo fué muy ruda; peleaban en su corazón el amor de padre y el sentimiento contra la honradez. Cuando estuvo en la casa, había visto lo preparado para el banquete; había visto las galas de la señora, y en un lugar que él conocía muy bien, había visto también, próximamente el dinero que necesitaba para dar la vida á su hijo. Era poco; no era el vicio quien le movía; no era la costumbre quien le arrastraba: era su amor al pequeño, era su pasión de padre.

Mientras el hambre le atormentara, nunca se le había presentado semejante pensamiento, pero ahora no era su hambre; ahora era la salud de su hijo la que le subyugaba, y un padre como él, ante semejante cuadro, lo vence todo y lo allana todo.

Entró. Sintió cerrarse sus ojos; sintió que se abrasaban sus mejillas; sintió que su corazón latía violentamente y... tropezó. Ya no vio más; cuando pudo conocer lo que pasara, fué al encontrarse ante todos, fué al escuchar aquellas crueles palabras: —¡es un ladrón!

Ni siquiera tuvo voz para disculparse. Algunas lágrimas humedecieron sus ojos, y cayó de rodillas, para suplicar perdón.

Entraron los criados que habían salido y con ellos la policía. Inútiles fueron sus ruegos; el patrono era insensible; sus amigos eran rocas.

Lloró; retorcióse las manos, en el colmo del dolor; presentóse ante sus ojos el cuadro de la miseria de su hogar; vió á su hijo, que le aguardaba, moribundo; vió al pequeño, desfallecido de hambre; los vió solos y abandonados, sin sospechar siquiera su paradero; y expresión de su amargura, del tormento de alma, fué lo que al salir clamó:

—¡Hijos míos...!

Y al encontrarse en la calle, miró al cielo; y como si viera algo, como si algo sintiera, su fe le obligó á exclamar:

—¡Dios mío... cuidalos Tú...!

Sonrió estúpidamente D. Simón y luego dijo:

—¡Ve usted, D. Pedro, comprobado lo que le dije hace días? Es Bakounine que triunfa; es la aplicación del principio de Brissot de Warville: la propiedad es un robo; pero déjeme usted á ese de mi cuenta: no podrá ya estorbar mucho, porque en España hay presidios.

Volvio á sonreír... brindó... y continuó la fiesta.

V

La falta de fe es el dogal de la sociedad, preparado por la sociedad, misma.

VI

Si no existiera Dios, sería necesario crearle.

VII

...Y el dedo de la Justicia divina, en el libro de la cuenta escribió: — una nueva iniquidad, en la página de D. Pedro, y una nueva iniquidad en la del patrono.

En la que pertenecía á Luis, no apareció el robo: antes, por el contrario, se leía la mayor amargura de la existencia de un padre.

VIII

Perdóname, lector, He titulado mal mi historia; en ella aparecen un obrero, infima clase, criminal; un patrono, clase media victima; y un abogado, clase alta fiscal, y al tiempo, testigo.

Y me faltaba otra clase: el juez: Dios.

C. Cabal

El tupé republicano

¡Vaya un tupé!

Ponderaban el de Sagasta; pero comparado con éste que gastan los de la niña, se queda tamónito.

Es un tupé inconmensurable.

Y lo sacan á relucir con la cara más dura que jamás se ha visto, siempre que hablan ó escriben.

Porque hablan y escriben con una lógica que tira de espaldas.

Vamos, una lógica que casi, casi hace buena á la famosa lógica de Vigil, y compañeros de socialismo, que todo lo convierten en sustancia bariando siempre para adentro con un cinismo sin igual.

La lógica republicana, á semejanza de la socialista, consiste en elevar á la categoría de principio inconcuso la ley del embudo, aplicada siempre de manera que lo ancho cuadre indefectiblemente cara á los republicanos, para que así tengan siempre de lleno y perfectamente enfocadas las narices.

Así, por ejemplo, se trata de la libertad de asociación, y la proclaman inviolable los republicanos para toda clase de actos revolucionarios y antirreligiosos.

A los republicanos, en virtud de esa santa libertad, les es lícito reunirse siempre que les venga en gana, aunque sea para conspirar á sabiendas contra el altar y contra el trono.

Pero ¡guay del cándido español que fiado en esa falsa libertad osase reunirse con otro siquiera sea sólo para oír misa ó rezar el rosario; atraerá sobre sí todos los odios y todas las iras revolucionarias, y se pedirá para él cuando menos, la cárcel ó el destierro, ya que o la guillotina.

Trátase, por ejemplo, del derecho del sufragio, y no hallarán ustedes republicano que no lo proclame sagrado mientras que á su lado creen los del gorro poder arrastrar hacia las urnas esas masas inconscientes de desarrapados quienes confían para obtener el triunfo; pero si á los católicos se les ocurre hacer uso de ese mismo

sagrado derecho y se lanza á la calle en són de propaganda electoral, entonces ya la hemos armado.

Eso ya no es libertad, eso no es progreso, eso es reacción, es clericalismo, eso no se pueda tolerar, es insufrible; y al momento ven los católicos e ruerse sobre sus cabezas los garrotos y las pedradas, cuando no salen á relucir el revólver y el puñal.

Y entonces es cosa ya averiguada que no están ya seguros los que se guarezcan en un convento, en un círculo católico.

En nombre de la libertad que pelagra, lánzanse los sicarios al crimen y al saqueo, y, cosa probada, se salva la libertad, se salva el derecho, porque triunfan los revoltosos, los criminales.

Y así por este estilo, vayan ustedes recorriendo todos los órdenes de la vida, y en todos observarán entre los republicanos el mismo tupé; quiero decir, el mismo cinismo, la misma desvergüenza.

La libertad de la cátedra es intangible, dicen los republicanos.

En ella pueden un Morayta, un Salmerón burlarse de Rey y de Roque, insultar á Dios y á los hombres, inculcar en inteligencias juveniles ideas subversivas, inmorales é impías.

El catedrático en su cátedra lo puede todo, y contra él nadie puede nada. Para ese profesor, así sentado en su trono no hay opinión pública que valga, no hay voluntad nacional, no hay ni siquiera sufragio universal. Es un dios olímpico á quien todos los mortales deben sumisión y acatamiento.

Pero todo esto, por supuesto, ha de ser contando con que el catedrático, así proclamado inviolable, sea un ateo ó, cuando menos, masón, protestante ó musulmán; porque si se cambian las tortas y el catedrático resulta católico ferviente entonces ¡tá, tá! ya no hay tal inviolabilidad, ni tal respeto ni tal libertad...

Porque en ese caso, como decía el republicano Menéndez Pallarés sería «COMPLETAMENTE injusto que un profesor enseñe desde su cátedra una religión cuyos dogmas no profesan sus alumnos.»

Así discurren esos desgraciados sectarios á quienes el odio ciega y ofusca de tal manera que parece que han perdido el sentido común y la razón.

Y así discurría recientemente en el Congreso el citado Menéndez Pallarés combatiendo el presupuesto eclesiástico.

Por cierto que con ello ha dado lugar á que el diputado de la mayoría D. Eugenio Silvela le retorciese el argumento de una manera tan contundente como se deja ver en las siguientes líneas que copio de su discurso:

El Sr. Menéndez Pallarés entiende que por obligarse el Estado á las cargas eclesiásticas se ejerce una tiranía sobre la nación; porque, dice S. S., «es completamente injusto que los que no son católicos contribuyan al sostenimiento de una

religión cuyos dogmas no profesan», S. S. no ha reparado en que este es un argumento de dos filos, y con el filo con que su señoría pretende herirnos á nosotros no nos causa daño, y en cambio hierre con el otro á la minoría republicana; porque si no es justo que algunos, por fortuna muy pocos españoles, contribuyan al sostenimiento de un culto que no profesan, mucho más injusto debiera ser que la inmensa mayoría de los españoles esté contribuyendo al sostenimiento de unas cátedras que explican unos profesores que vierten en ellas doctrinas contrarias á la monarquía y á la Religión. (*Muy bien, muy bien en la mayoría.*) Vea, por consiguiente, S. S. que, al pretender herirnos con su argumento, ha herido á dignos catedráticos de la minoría republicana que son sus compañeros.

Los republicanos no han tenido nada que contestar al argumento de empapizo presentado por el señor Silvela; pero se quedaron tan frescos como si les echaran á la cara un jarro de agua fría.

¡Es mucho tupé el tupé de los republicanos!

FABULA TEMPESTUOSA

XXVIII

A fin de echarle el diente, salió á buscar la zorra un inocente en la misma mañana que se pasó estudiando Juanín Llana los chistes de Quevedo para pasmar, en un discurso, á Oviedo.

Después de haber buscado inútilmente un mísero bocado que su afán le pagase y el hambre le saciase, llegó, por fin, la zorra á un gallinero, y por un agujero que para entrar había, allá la zorra entró con osadía.

En cuanto la notaron, las aves todas fuera se colaron, y únicamente una que se hallaba con un terrible mal que la mataba, al mirarla delante, quedóse allí tan firme y tan campante.

—¡Hola! ¿qué tal?—con ansia reprimida le preguntó la zorra relamida.

—¿Qué le acontece á usted que no me de? ¿Leyó también usted á Capalleja, (ja) para esperar la muerte de ese modo? ¿ó es que, á pesar de todo, aunque conocen ya las mañas mías, vienen aquí *cascún con burlerías?* ¿Tiene, si no, la cruel peritiflitis? ¿Padece apendicitis? ¿Cuál es, en fin, la enfermedad traidora? ¿Qué tiene usted, señora?

Y la gallina, siempre tan campante, sin que el verla delante la llegara á asustar maldita cosa, así, valiente, dijo á la raposa:

—Mientras se encuentre V. en mi presencia, (sencia), accesos sufro de asco y de impaciencia, pero también le juro, señorita, que si de aquí se quita, de su importuno rostro libertada, pese á mi fiero mal, no tendré nada.

Si cuando algún Vigilia, verbigratia, haciendo alarde de impudor y audacia por algún agujero á los talleres entra del obrero, al escuchar su acento cariñoso y su tono insidioso y su charlar y gracia y desparpajo el hijo del trabajo que su intención conoce y ve su inquina le contestara igual que mi gallina, á fe que tanto el necio no gozaba, y á fe también que más no prosperaba; que vale cualquier cosa esta respuesta dada á la raposa:

«Mientras se encuentre V. en mi presencia, (sencia), accesos sufro de asco y de impaciencia, pero también le juro, señorita, que si de aquí se quita, de su importuno rostro libertada, pese á mi fiero mal, no tendré nada.»

CICLÓN

HUELGAS Y COLIGACIONES

He aquí el articulado del proyecto de ley que sobre este asunto se presentó al Congreso:

Artículo 1.º Tanto los patronos como los obreros podrán coligarse para la defensa de sus respectivos intereses, sin más limitaciones que las que se establecen en la presente ley y en los arts. 557 y 558 del Código penal.

Art. 2.º Las coligaciones y las huelgas serán ilícitas en los casos siguientes:

1.º Cuando para formarlas ó mantenerlas se empleen violencias ó amenazas ó se ejerza cualquiera otra coacción que por su naturaleza sea suficiente para forzar el ánimo de los coligados.

2.º Cuando se dirijan á realizar la suspensión general de la vida económica en una ó más localidades ó en parte de las mismas.

3.º Cuando ocasionen la interrupción de un servicio general de necesidad evidente y perentoria, ó entorpezcan gravemente el funcionamiento industrial de una región, si no hubieran sido anunciadas directa y formalmente á la autoridad gubernativa local y á la Empresa ó persona encargada de la prestación del servicio, con quince días, por lo menos, de anticipación.

4.º Cuando tengan por objeto imponer que se admita ó despida á determinados obreros.

5.º Cuando la interrupción voluntaria del trabajo, sea cualquiera el número de los que la realizan, ponga en peligro la vida humana ó cause pérdida de cosechas ó cargamentos, inundación de minas ú otro daño irreparable en la propiedad.

Art. 3.º Los jefes ó promovedores de las coligaciones y de las huelgas comprendidas en el artículo que antecede, serán castigados con la pena de arresto mayor, y si fuesen extraños al trabajo ó industria en que la huelga se hubiese producido, se les aplicará siempre en su grado máximo la pena.

Los que hayan ejecutado las violencias, amenazas ó coacciones, sufrirán igual pena, á no ser que por aquellos actos hubiesen incurrido en otra mayor.

La misma penalidad se aplicará á los patronos ó gerentes de Empresas que cometan algunos de los actos comprendidos en los expresados actos de coligación ilícita.

Art. 4.º Incurrirán en el delito de coacción y en la penalidad que para el mismo señala el art. 510 del Código penal, los obreros declarados en huelga que formen grupos que excedan de tres personas en los alrededores del establecimiento en que ejercían su trabajo y en un radio de 200 metros.

Art. 5.º Quedan derogados el art. 556 del Código penal y todas las demás disposiciones que sean contrarias á lo establecido en la presente ley.

¡DÁLE CON "EL BOMBO"!

Sigue el de Occidente sin novedad en su importante salud.

Y cada vez con más vis cómica (léase cínica y petulante).

Al principio parecía una mosca muerta, sin más tendencia ni afán que lucir la personita de los Calzadas; pero ahora ya va, ya va enseñando la oreja, y si así abiertamente no se ha presentado aún como anticlerical, va dando ya sus pinceladitas, para demostrar que no en vano lleva el nombre de republicano el engendro de Navia.

Empieza ya á alimentarse á diario con carne de curaque es el manjar más sabroso que se conoce para paladares sectarios.

Es verdad que por ahora no se mete con los de casa; pero ya admite á libre plática á cualquier zascandil que desde Boal ó Vega de Ribadeo entre en ganas de dirigir insultos y groserías contra el Clero.

Que un *Relina*, ó Linera, ó *Relincha* ó lo que sea (porque parece un ser extraño, aun no bien definido) que un *Relina*, digo, trate de vengar sus agravios contra los curas de Boal, porque no le dejaron meter los hocicos en el Ayuntamiento, se explica.

El pobrecito es un sér desgraciado de quien nadie se compadece. Á donde quiera que va todas las puertas se le cierran: una sola se le abrió, y aquella ¡qué dolor! era *pequeña*; y las puertas pequeñas no suelen dar entrada á grandes palacios, ni á casas llenas.

Tiene tíos y tiene hermanos con faldas, pero la gente de iglesia no anda tan sobrada que pueda mantener zánganos de colmena que luego despoticen en los periódicos republicanos como lo hace el desgraciado *Petronilo*; por eso anda tan mal lucido como él mismo reconoce.

Fuése por el mundo á ganar la vida, pero como la mala madera no tiene acomodo en ningún mercado, si, como la etimología de propio apellido indica, *nihil era* cuando marchó, *nihil era* cuando volvió, y *nihil* sigue y seguirá siendo por los siglos de los siglos.

¿Y el que después de andar las siete partidas no fué capaz de crearse una modesta posición quería ahora meterse á regentador del concejo de Boal?

¡*Jesús, Jesús, Jesús!*
¡Me da un patatús!

Por todo lo dicho, repito que tiene su explicación la incalificable conducta del *Relincha* boalés, ó baboreiro.

Como se explican las ñoñeces y desplantes del zulú de la Vega contra su dignísimo y por todos conceptos respetable párroco D. Inocencio Penzol.

Lo que no se explica, ni se concibe, como no sea por instinto suicida, es que el Director de *El Porvenir* no vea que con dar publicidad en su anodino semanario á esas campañas difamatorias lo único que consigue es hacerse cada vez más y más el vacío en su rededor.

Porque yo bien sé que son pocos los republicanos honrados y de buena fe que creen en la panacea republicana.

Pero reconozco que hay algunos, y esos no pueden menos de retroceder aterrados, al ver esas campañas indignas, inspiradas sólo por el vil despecho y dirigidas contra el clero á quien en último término solamente se le acusa de cumplir con su deber de hacer, á lo sumo, uso de un derecho.

Porque mire usted que tiene gracia que un *Petronilo* como *Relina* venga haciendo cargos á los curas de Boal porque fueron al Colegio electoral á emitir su sufragio.

¡Nada más que por eso!
¡Habrás visto *melandro* por el estileo?

¿Y lo otro de los banquetes de los entierros, de que ya nos habló dos veces y promete repetir?

Es de notar que en Boal, y otros pueblos de Asturias, en atención á las largas distancias que hay, no son sólo los curas, son todos los parientes y amigos del finado, los que tienen comida dispuesta para la salida de los funerales, como una necesidad que el mismo D. Jesús Linera ha satisfecho más de una vez sin sentir esos escrúpulos de monja que ahora siente por lo que hacen los curas y los seglares, incluso los republicanos que por cierto no

